

Afroanimismo:

memorias de África en la apuesta por la vida

Afroanimismo:

memorias de África en la apuesta por la vida

JAIME AROCHA



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Arocha, Jaime, 1945-

Afroanimismo : memorias de África en la apuesta por la vida /
Jaime Arocha. -- Primera edición. -- Bogotá : Universidad Nacional
de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Centro de Estudios
Sociales (CES), 2019.

402 páginas : ilustraciones a color, fotografías. -- (Colección CES).

Incluye referencias bibliográficas e índice de materias y nombres
ISBN 978-958-783-821-3 (rústica). -- ISBN 978-958-783-822-0 (e-book). --
ISBN 978-958-783-821-3 (impresión bajo demanda)

1. Animismo -- Colombia
 2. Racismo -- Aspectos religiosos
 3. Conflicto armado -- Colombia
 4. Etnología -- África
 5. Antropología cultural y social
 6. Artículos de prensa -- Colombia -- 2008-2018
 7. África -- Correspondencia, memorias, etc.I. Título II. Serie
- CDD-23 070.4492021 / 2019

Afroanimismo: memorias de África en la apuesta por la vida

Colección CES

© Universidad Nacional de Colombia - Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales (CES)

© Jaime Arocha

Primera edición, Bogotá, Colombia

ISBN papel: 978-958-783-821-3

ISBN digital: 978-958-783-822-0

IBD: 978-958-783-823-7

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas

Centro de Estudios Sociales (CES)

Preparación editorial

Facultad de Ciencias Humanas

Centro de Estudios Sociales (CES)

cesed_bog@unal.edu.co

Gerardo Ardila, director del CES

Laura Morales G., coordinadora editorial del CES

Recorrido río Sivira, foto de portada

Pablo Andrés Castro Henao, corrección de estilo

Julián Hernández - Taller de Diseño, diseño de colección

Carlos Contreras, diagramación

Imagen Editorial sas, impresión

Tabla de contenido

Agradecimientos	7
Lista de abreviaturas	9
Introducción	11
África	19
Ley 70 y territorios	57
Marcos legales	59
Baudó	73
Caribe	80
Norte del Cauca y sur del Valle	86
Elecciones	97
Efectos del conflicto armado	107
Violencia y resolución pacífica de conflictos	147
Cultura y resistencia	163
Raza	187
Cuotas	188
Derechización racial	209
Estereotipia	218
Inmunes al dolor	234
Exofilia e industrias de la cultura	259
El acuerdo de paz y la <i>etnósfera</i>	289

Naturaleza y sostenibilidad	313
Bosque alto andino	314
Selva tropical	334
Amigos, maestros, afectos	357
Referencias	371
Índice de materias	393

Agradecimientos

Este libro conmemora los treinta años de fundación del Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia, iniciativa que propuso su entonces director, el sociólogo Carlo Tognato. La demora en publicarlo tan solo se debe al perfeccionismo del autor.

Ángela María Parra López leyó los borradores de cada una de las columnas que envié a *El Espectador* desde agosto de 2008. Esos borradores se transformaron en lo que publicó el periódico gracias a palabras como “marido, eso no se entiende bien” o “marido, le quedó bellísima”. También compartí cada uno de esos escritos con quienes tuvieran el conocimiento sobre el tema tratado o la experiencia acerca de los sucesos narrados. El llamado de atención sobre diversas clases de errores o sobre precisiones específicas fue indispensable en esa tarea siempre inconclusa de perfeccionar un artículo de opinión. En ese trabajo de edición han sido fundamentales los aportes de Ángela Castillo, Mónica Chaparro, Sofía Natalia González, Liliana Gracia, Laura de la Rosa Solano, Andrés Meza, Daniel Varela, Lina Vargas, Lina del Mar Moreno, Sugey Valois. Estas antropólogas y antropólogos hacen parte del Grupo de Estudios Afrocolombianos de la Universidad Nacional. Estudiaron conmigo y hoy son mis destacados colegas, cuyas investigaciones y reflexiones han sido fuente de muchas de las inquietudes tratadas en los distintos escritos. La profesora Mara Viveros me libró de un error garrafal cuando escribí sobre el trabajo de su alumno y amigo Franklyn Gil: a la desdicha genealógica la llamé desdicha genética. Rudecindo Castro, líder del movimiento afro y amigo ya desde hace

treinta años, me ayudó a precisar los casos de racismo que se han dado en Bogotá, siendo él mismo una víctima de un policía que iba a arrestarlo a él y a otras dos personas negras porque viajaban en un BMW.

Destaco el apoyo de Sugely Valios para recoger todos los materiales para la publicación y ayudarme a definir y probar las categorías para clasificar las columnas. Junto con Laura Morales, coordinadora editorial de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, Sugely tomó el resto de pasos necesarios para que este volumen saliera.

Listado de abreviaturas

- Asociación Nacional de Afrocolombianos Desplazados (Afrodes)
- Autoridad Nacional Afrocolombiana (Anafro)
- Coalición de Sindicalistas Negros (CBTU, por sus siglas en inglés)
- Colectivo de Estudiantes Universitarios Afrocolombianos (Ceuna)
- Consejo Nacional de Paz Afrocolombiano (Conpa)
- Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina del Atrato (Cocomacia)
- Ejército de Liberación Nacional (ELN)
- Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP)
- Fundación Activos Culturales Afro (Fundación AGUA)
- Grupo de Académicos e Investigadores en Defensa del Pacífico colombiano (Gaidepac)
- Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)
- Oficina de Washington en Latinoamérica (WOLA, por sus siglas en inglés)
- Organización Internacional del Trabajo (OIT)
- Proceso de Comunidades Negras (PCN)
- Tratado de Libre Comercio (TLC)

Introducción



Desfile de comparsas, víspera de la fiesta solemne en honor a Jesús Nazareno, patrono de Magüí-Payán. Enero 5 de 2019.

Este volumen recoge las columnas que he publicado en *El Espectador* desde agosto de 2008. Han sido dos lustros de aplicar conocimientos ganados a lo largo de treinta años de ejercicio académico a formas inmediatas y coyunturales de investigar, averiguar, documentar y reportar con todo rigor empírico acerca de sucesos concretos relacionados con la historia, la cultura y los conflictos que han enfrentado los pueblos de ascendencia africana en Colombia.

Esos artículos de opinión hablan de pueblos colombianos con ascendencia africana que practican un animismo que los hermana con la naturaleza, y el cual acusa huellas del *muntu*, aquella manera de relacionarse con el mundo que los pobladores de la cuenca del río Congo crearon y propagaron por otras áreas de África central y occidental, mucho antes del inicio de la trata esclavista (Kleiman 2007, 43). Llegó desde África central con cautivas y cautivos obligados a atravesar el Atlántico, a partir del siglo xvi, hasta mediados del xviii. Supone que a la existencia la guían unidades relevantes entre vivos y ancestros, gente y naturaleza, espacio y tiempo, emoción y razón, plantas y minerales, palabra y gesto (Jhan 1990, 109).

Es consecuente con las formas de integración entre la gente y la biósfera que desentrañó el antropólogo británico Gregory Bateson. Apareen en obras clásicas como *Pasos hacia una ecología de la mente* o *La unidad sagrada* (Bateson 1991; 2006). Me permitieron moldear la investigación sobre la convivencia pacífica de los afrobaudoseños con sus vecinos los indígenas embera y su ambiente de río y selva (Arocha 1999). De ahí el interés que me despertó un libro muy difundido y comentado desde su publicación *Homo Deus: breve historia del mañana* (Harari 2016). Su autor es el historiador israelí Yuval Noah Harari, para quien las creencias animistas fueron las últimas en fundamentarse en la hermandad entre los *sapiens* y el resto de los organismos. A esas creencias las reemplazaron las del monoteísmo y las de tres formas de humanismo, el socialista de la antigua Unión Soviética, el evolutivo de la Alemania nazi y el liberal de Europa occidental y los Estados Unidos. Pese a que este último derrotó a los anteriores, tiene una raíz en el monoteísmo que instituyó la creencia de que los *sapiens* son criaturas de Dios y, por lo tanto, dueños absolutos de la naturaleza. Así, ese humanismo no solo contribuye a la hecatombe ecológica, sino que con los otros dos parecería estar maniatado para alcanzar opciones viables para reparar la biósfera. De ahí el aprecio por el animismo consistente en la creencia de

que no había una separación esencial entre los humanos y los demás animales [... guiada por ...] una negociación entre los interesados. La gente hablaba con los animales, los árboles y las piedras, así como con hadas, demonios y fantasmas. De esta red de comunicaciones surgían los valores y las normas que obligaban por igual a humanos, elefantes, robles y espectros. (Harari 2016, 91-92)

En consecuencia, la interacción entre las personas y la naturaleza requería permisos de uso y sacrificio mediante ofrendas y plegarias, así como liturgias para propiciar la fertilidad y la multiplicación de especies. Adicionalmente, Harari considera que portadores de la religión animista, como los cazadores-recolectores, despliegan actividades tan complejas e impredecibles que no ha sido posible replicarlas mediante la inteligencia artificial. El valor de esa irreplicabilidad es incalculable cuando se considera que la combinación de tecnologías complejas, manipulación genética y perfeccionamiento de la interfaz entre mente humana y computador pueden reducir la humanidad a la irrelevancia (Harari 2018, 54-59).

No obstante, Harari deja por fuera a animistas que no son cazadores-recolectores. En las selvas tropicales húmedas de África occidental y central o de América del Sur han existido y siguen existiendo sociedades agrícolas que recolectan raíces y tallos, cazan y crían animales. Han ideado habilidades, ritos y ceremonias para hermanarse con la biósfera y propiciar la perpetuación de las especies que fundamentan su supervivencia. Tal es el caso de las comunidades negras a las cuales se aproxima este libro.

Practican la agricultura de tumba y descomposición sin aplicar agroquímicos, ni talar todos los árboles del área boscosa donde sembrarán, plantando al mismo tiempo semillas de los árboles derribados, pero dejando sobre la superficie troncos y ramas para que se descompongan. Les crecen hongos cuyos sistemas reticulares se pueden extender por varios kilómetros a la redonda, transportando agua, azúcar y proteínas que determinan la vitalidad del bosque húmedo (Agencia SINC 2017). Ese diálogo subterráneo nutre la nueva siembra y los árboles que quedan en pie (Tsing 2016). Estos circunvalan el cultivo y forman una barrera boscosa que acelera el crecimiento del barbecho, o “monte biche”, cuando ya hay que dejar descansar el suelo.

En adición a lo anterior, siembran el plátano asociándolo con la yuca; el chocolate, con lulo y borojó; además de claritos de arrozales o maizales sobre los cuales vuelan abejas, avispas y colibríes, entre otros polinizadores, al igual que libélulas, mariposas y cucarrones, a cuya demografía la controlan lagartijas y ranas. Les delegan a los osos hormigueros la disminución del tamaño de los nidos de hormigas, mas no a los venenos industriales. De esa manera mantienen el acceso a la valiosa y fértil tierra que rodea las colonias de esos insectos.

La tierra de hormiguero tiene un valor espiritual: la recolectan las mujeres con sus hijos e hijas para rellenar sus “zoteas”, canoas viejas u otros recipientes que montan sobre plataformas de madera próximas a sus casas (Arroyo Valencia, Camacho, Leyton y González 2001). De allí proveen aliños para la cocina, yerbas para curar dolencias y cocos germinados para *ombliigar* o hermanar a sus hijos e hijas con la naturaleza y el territorio. Por lo general, este rito animista de afiliación con el medio lo lleva a cabo la partera, quien trasplanta desde la zotea el pequeño cocotero y lo siembra sobre la placenta del nene o nena recién nacida, a quien sus padres le enseñarán que la palmera que crece al mismo tiempo que su cuerpecito es *su ombligo* (Arocha 1999). Por último, sincronizan las tareas agrícolas con el levante de cerdos y aves de corral, caza, pesca, recolección y —donde es posible— minería artesanal de oro, actividades a su vez armonizadas con los tiempos de más o menos pluviosidad.

Pese a que agencias como Global Forest Watch, Rights and Resourdes Initiative y la FAO consideran que es más rentable apoyar los sistemas productivos de las comunidades que han convivido con las selvas tropicales que ampliar parques nacionales y áreas protegidas excluyentes de población nativa (Rubiano 2018), sistemas de policultivo como los de los pueblos de ascendencia africana poco figuran en las agendas del fomento estatal y de la modernización del campo. Gobernantes y técnicos se han hecho los de la vista gorda con respecto a los derechos a la territorialidad ancestral, la sostenibilidad ambiental, la representación y participación política, así como a la visibilidad cultural y educativa que involucra la Ley 70 de 1993, o Ley de Negritudes. Esta ley resultó de años de militancia política concretada en el movimiento que tomó fuerza en el decenio de 1980, en cuanto a la urgencia de reformar la Constitución de 1886 que contemplaba una ciudadanía excluyente, blanca, católica y de lengua castellana. Se agigantó la reivindicación del derecho tanto a la diferencia

étnico-racial e histórico-cultural, como a que las generaciones venideras hereden ecosistemas menos amenazados. Sin duda, al mismo tiempo el proceso recibía el influjo e influía sobre una comunidad internacional que reconocía los llamados derechos humanos de tercera generación. De ahí que se dieran reformas constitucionales como las de Nicaragua y Brasil que, en parte, inspiraron la colombiana de 1991, cuyo paradigma —a su vez— fue tomado por Ecuador y Venezuela, amén de otros países de América central.

La falta de voluntad del Estado, sus funcionarios y los políticos por darle plena vida a los derechos consagrados en la Ley 70 ha creado una conflictividad que deja sus huellas en las columnas que recoge este libro. Las he agrupado por temas con linderos flexibles, susceptibles de entrecruce y diálogo. La primera de esas categorías se refiere a África con el propósito de trazar las raíces del animismo que vertebra el volumen. La complementan las narraciones sobre el intento de que el guión del Museo Nacional de Colombia —referente a la formación de nuestro país— incluyera a la gente negra. Ese intento consistió en la exposición temporal “Velorios y Santos Vivos, comunidades negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras”, la cual tuvo lugar entre el 21 de agosto y el 2 de noviembre de 2008, hito inaugural de estos artículos de opinión en *El Espectador*.

Sigue un conjunto de capítulos agrupados por las coadyuvancias del afroanimismo. El primero de estos capítulos tiene por objeto la Ley 70 de 1993, en especial, por su énfasis en la salvaguardia de los territorios ancestrales de las comunidades negras. Esta materializa, además, la noción de ciudadanía plural, diversa e incluyente que introdujo la Constitución de 1991. En gran medida, lo que ese segmento revela es el conflicto entre la Corte Constitucional y el poder ejecutivo, alrededor de los derechos al pleno goce del territorio y de la diferencia cultural, así como su realización material y política.

Otra coadyuvancia es la de los mecanismos tradicionales para resolver conflictos culturales, políticos y territoriales sin apelar a la violencia, manteniendo los canales del diálogo y la escucha del contrario. Así, uno de los artículos que aparece en ese segmento resalta las bajas tasas de homicidio por 100 000 habitantes que primaron en el valle del río Baudó desde el decenio de 1960, hasta mediados del de 1990, cuando esa región fue definitivamente incorporada a la cartografía del conflicto armado. La siguiente sección dentro de esta categoría es “Cultura y resistencia”,

dentro de la cual la música ha ocupado un lugar protagónico, hoy realizado mediante ese escenario excepcional del Festival Petronio Álvarez de Músicas del Pacífico, el cual tiene lugar en Cali cada año en agosto.

Terminado ese conjunto, figura el de los obstáculos en enfrenta el afroanimismo, comenzado por la *raza*, esa invención social para justificar la trata transatlántica y los horrores asociados con ella. Dentro de ese marco, fue fundamental otra invención paralela, que la gente negra era y sigue siendo inmune al dolor, por lo tanto, impunemente esclavizable y torturable. Aliado con ese invento, apareció el de la estereotipia, consistente en reducir policromías y polifonías africano-occidentales y centrales, así como afroamericanas a rasgos simples de carácter atávico, asociables con supuestos déficits de humanidad, combustible adicional para el racismo.

Continúa el libro con “Exofilia e industrias culturales”. Se refiere a ese proceso también racista consistente en incluir a las comunidades negras dentro de la nación, cuando se trata de la estética musical, corporal, gastronómica y hasta religiosa, pero excluyéndolas en lo territorial, económico, laboral, social o político. Tanto los museos como las iglesias han sido escenarios de esa exofilia, con consecuencias serias para universos estéticos y simbólicos de las comunidades negras, en ocasiones trivializados, y en otras hasta profanados, con efectos graves para la cohesión social de esos pueblos.

Otro obstáculo abordado es el del conflicto armado y sus efectos, siendo el destierro el más relevante y persistente, sin que quede de lado el asesinato imparables de líderes reclamantes de derechos humanos y de territorios ancestrales, ni el daño cultural, ese delito que hace poco reconoció la Corte Interamericana de Derechos Humanos por sus graves efectos sobre la identidad étnica de pueblos. “El acuerdo de paz y la etnósfera” incluye críticas al proceso que adelantó el Gobierno del presidente Santos con las FARC-EP para ponerle fin al medio siglo de una de las guerras que ha marcado la historia nacional. El énfasis son las exclusiones de las cuales fueron objeto las comunidades negras, incluyendo la del trazo histórico del conflicto y sus víctimas, a cargo de muy destacados académicos de tendencias que evitaron la disputa que quizás era la más relevante, la étnico-racial. Tampoco figuraron los componentes de la solución pacífica de desavenencias como la interétnica, las cuales, más bien han debido ser protagonistas dentro de ese proceso.

Luego el libro continúa con “Naturaleza y sostenibilidad”, una reflexión sobre las policromías ambientales, su papel en la sostenibilidad y la resiliencia, así como acerca de los profundos y severos riesgos que enfrenta, ya sea en tratándose de los bosques altoandinos o de las selvas tropicales húmedas. La presente compilación termina con un capítulo de anotaciones personales sobre afectos y amistades.